Selección de poemas

Teresa Vera

FUNDACIÓN Carlos Slim

Selección de poemas

Vera, Teresa

Poesía

Se reconocen los derechos morales de Vera, Teresa.
Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim
Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada
C. P. 11529, Ciudad de México. México.
contacto@pruebat.org

Teresa Vera[1]

(Tabasco, 1834-1859)

[1] Poemas tomados de V.V.A.A. (1893). "Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX: antología formada por encargo de la junta de señoras correspondiente de la exposición de Chicago". *Colección Digital UANL*.

Amar sufriendo

I

Al fin ya separarte
pretendes para siempre de este suelo:
yo no puedo olvidarte,
y en mi tenaz desvelo
por gracia pediré la muerte al cielo.

Y tú ¡ay! entretanto
con otros tiernos lazos obligado,
el bárbaro quebranto
de un pecho enamorado
habrás en tus placeres olvidado.

Mientras yo delirante
en el silencio gimo y me lamento…
a otra tal vez amante
con cariñoso acento
hablando te halle pasajero el viento.

Una mujer hermosa
llena de encanto, juventud, riqueza,
cuya alma generosa
bien el semblante expresa.
¡Más como yo jamás de amará esa!

No tengo qué ofrecerte,
juventud, ni riquezas ni hermosura;
mas a par de mi suerte
y mi fatal ventura,
te ofrezco una alma llena de ternura.

Tu imagen en mi mente,
inseparable compañera mía,
siempre estará presente,
y en la noche y el día
me hará con mis pesares compañía.

Doquiera, dulce dueño,
encontraré tu sombra peregrina,
ya en las brumas del sueño,
o en la luz matutina
reflejando en el agua cristalina.

Pero…, ¡en vano!, mi pecho,
oprimido de bárbara tristeza,
se entregará al despecho,
y ya sin fortaleza
se inclinará a la tierra mi cabeza.

Y tú sin acordarte,
¡ah!, ¡vivirás feliz en otro suelo!
Yo no podré olvidarte,
y sin hallar consuelo
por gracia pediré la muerte al cielo.

II

Cuando contemplo tus queridos ojos
y pienso, amigo, en la cercana ausencia,
no sé por qué los pérfidos enojos
me oprimen con la bárbara clemencia.

Contemplo tristes las fugaces horas
que raudas cruzan cuando aquí te veo:

¡cuán largas y cuán lentas, matadoras,
las prolonga de verte el devaneo!

En la ausencia pensar, ¡ay de mi suerte,
esperanzas funestas, dolorosas!
¡Pensamiento que hiela cual la muerte!
¡Martirio de agonías perezosas!

¡Ay!, ¿y así he de vivir llena de duelo?,
¿sin porvenir, sin dicha, paz ni calma;
sin atreverme a contemplar el cielo
donde asilo, tal vez, hallará mi alma?

¡Oh! Mi amigo, mi bien, tú de mis penas.
Calma, por Dios, el amargor insano.
Y si no puedes darme horas serenas,
dame tu afecto y besaré tu mano.

Dame tu afecto, sí, con él mi vida
feliz surcara por el mar del mundo;
bálsamo fuera que sanar la herida
pudiera, amigo, de mi mal profundo.

III

Dulces ensueños de la edad pasada,
visiones bellas de la mente mía,
¿a dónde estáis del corazón lanzada,
imagen del placer y la alegría?
¿A dónde estáis que el alma acongojada
abandonáis en su amargura impía
al yugo horrendo de su infausta suerte
cuando le niega hasta su paz la muerte?

¡Ay! No es posible conquistar reposo
cuando desgarra el corazón la pena;
cuando los cielos del vivir hermoso,
negra borrasca de pesares llena;
cuando es el mundo a la existencia odioso,
cuando es la vida una fatal cadena,
que arrastra el triste en su mortal camino
hasta el término de hallar de su destino.

¡Infelice! Y esta es, esta es el alma,
la sentencia fatal que la acongoja.
¡Ay! No tendría por su martirio palma,
pues tanto, tanto el padecer la enoja.
En vano busca en sus tormentas calma,
que de sí misma a un tiempo se sonroja
al contemplarse débil y pequeña.
¡Y aun con sus males en luchar se empeña!

Tú, en cuyo seno desahogar anhelo
el funesto dolor que me atormenta;
Tú, mi amigo, mi amor, tú, mi consuelo,
mi acongojado corazón alienta.
Tú, con tu amor, mi bien, calma mi duelo,
Y de mi pecho la virtud fomenta,
Y haz que en las flores de tu amor despliegue
El iris de virtud que me sosiegue.